

José María González Arratia

Primer director del Instituto Literario en Toluca y partidario de la Independencia Nacional

En 1833, cuando el Instituto Literario fue restablecido en Toluca, después de haber sido fundado y clausurado en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), el gobernador Lorenzo de Zavala, personaje de luces y sombras en la historia de México, decidió encargar la dirección del plantel a don José María González Arratia, ciudadano distinguido y miembro prominente de la sociedad toluqueña. Aunque era hijo de un español avecindado en Toluca, don José María tuvo una excelente relación con los primeros liberales mexicanos, como el doctor José María Luis Mora y el licenciado Lorenzo de Zavala, debido a que era masón y pertenecía a la logia yorkina. Además, durante la guerra de independencia simpatizó con los insurgentes y en más de una ocasión les brindó ayuda sin temor a ver comprometida su situación personal.

En este 2010, año del bicentenario, cabe recordar algunos hechos de este singular toluqueño que vivió en dos épocas de la historia nacional y que debe su fama a las aportaciones que hizo al progreso de la ciudad y a su institución educativa más importante: el Instituto Literario.



Litografía publicada en 1852 por Domingo Revilla, primer biógrafo de González Arratia.

OPULENCIA Y POBREZA

González Arratia nació en el seno de una familia acaudalada, el 31 de octubre de 1783. Su padre, don Mariano González y Arratia, de origen vasco, era un próspero hombre de negocios que su riqueza derivaba de los ingresos de la tierra y el comercio, principalmente.

Una mala administración de sus empresas hizo que don Mariano cayera en bancarrota, situación que originó que su hijo no pudiera seguir una carrera ni en el seminario ni en la universidad, que eran sus opciones, no obstante, realizó estudios de *latinidad* y empezó a trabajar muy joven. Durante varios años, todavía en edad adolescente, sirvió como empleado en la Casa del Diezmo, bajo las órdenes del capitán Nicolás Gutiérrez, quien años más tarde sería corregidor de Toluca, y enemigo implacable de los insurgentes (Velázquez, 1983: 20). Dotado de un singular talento para los negocios, el joven González Arratia comenzó desde cero y logró tener una considerable fortuna que le permitió adquirir la hacienda de *La Pila*, cercana a Toluca, y convertirse en uno de los empresarios más prominentes de la ciudad. En algún tiempo, fue abastecedor exclusivo de los expendios de carne e iniciador de la floreciente tocinería toluqueña que ganó fama, particularmente, con la fabricación de chorizos y jamones.

EMPRESARIO Y FILÁNTRPO

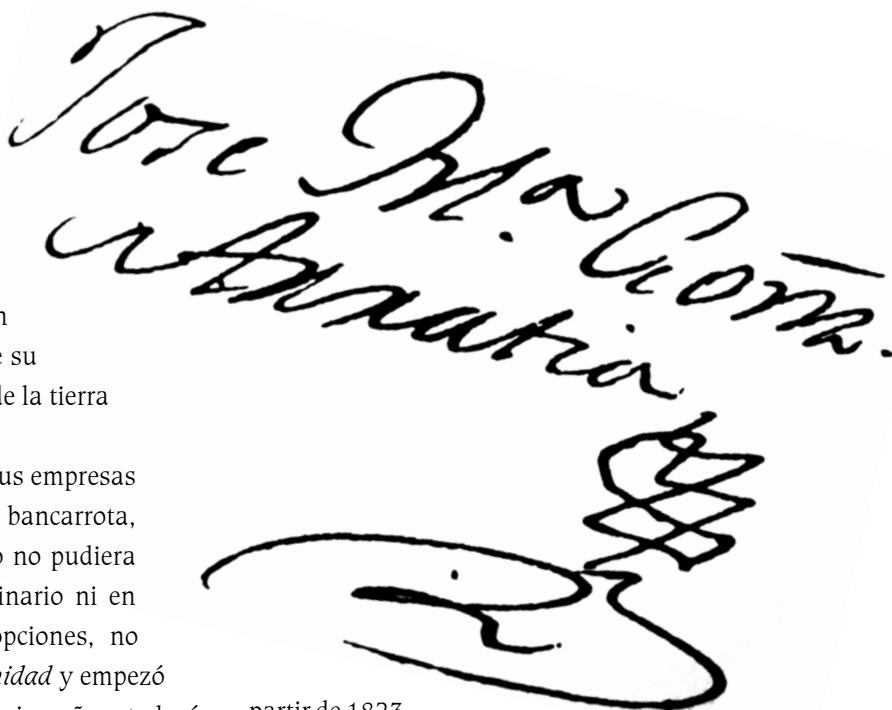
En las filas de la masonería, González Arratia adquirió una vocación que hoy suele llamarse *sentido y proyección social de la empresa*, pues todos sus negocios estaban orientados a la obtención de ganancias. Siempre estuvo al servicio de la comunidad, de manera que combinaba el lucro con la filantropía, por lo cual llegó a ser un hombre muy respetado por sus conciudadanos.

Una de sus primeras obras fue la construcción de un teatro para la ciudad, llamado Coliseo viejo, a

partir de 1823 estuvo situado frente a la Plaza Mayor, tiempo después fue adaptado como espacio para la Biblioteca Pública del Estado de México.

La recreación popular, por medio del teatro, fue una idea que jamás abandonó, pues también mandó edificar el teatro de la plazuela de Alva (actualmente Jardín Zaragoza), que funcionó durante varios años, finalmente emprendió la construcción del Teatro Principal, en pleno centro de Toluca, frente a los Portales. Ese edificio, de elegante estilo europeo, inaugurado en 1851, estuvo en servicio durante más de un siglo y fue el espacio cultural más importante de Toluca, ya que por su amplio escenario desfilaron las compañías teatrales más importantes de la época, las *divas* del teatro y del canto operístico, así como las grandes orquestas; además, fue escenario de concurridas y prolongadas veladas literarias y musicales —organizadas por los alumnos del Instituto Científico y Literario para rendir homenaje al presidente Benito Juárez en sus aniversarios luctuosos—, y para realizar ceremonias de clausura de cursos y entrega de premios a profesores y estudiantes destacados.

Otra empresa que funcionó como anexo del Teatro Principal fue el hotel La Gran Sociedad, que además de alojamiento y restaurante ofrecía un



servicio de baños públicos que era frecuentado por los toluqueños.

Por otra parte, la filantropía de González Arratia se vio reflejada en la construcción de obras de beneficio colectivo, como el tendido de la primera red de distribución de agua potable (captada en su mayor parte en los veneros de la hacienda *La Pila*); apertura de jardines públicos y construcción de un puente sobre el río Verdiguél que comunicaba a la Plaza Mayor con el convento de El Carmen.

LA OBRA EMBLEMÁTICA

González Arratia desempeñó cargos públicos, en 1837 y 1838 fue síndico del Ayuntamiento de Toluca y participó en la elaboración de normas y disposiciones que regían la convivencia social; en 1846, recibió el nombramiento de alcalde, aunque no llegó a tomar posesión debido a la inestabilidad política relacionada con la invasión norteamericana a nuestro país. En 1852 (año de su muerte) fungió como alcalde primero de Toluca (Alanís Boyso, 1997: 39-42-44). Al margen de su actuación política, las principales obras que conservan su memoria las realizó como ciudadano interesado en servir a la comunidad, sin cargo alguno.

En 1832, al frente de un grupo de comerciantes de Toluca interesados en ampliar y desarrollar sus negocios, adquirió una parte de los terrenos que rodeaban el antiguo convento de San Francisco (la huerta y el cementerio), para iniciar la construcción de los Portales, primer centro comercial de importancia y edificio emblemático de Toluca.

Dos años antes, los poderes públicos se habían trasladado de Tlalpan a Toluca y era necesario darle a la ciudad la dignidad y prestigio de una capital del estado. El punto inicial para la transformación fue, precisamente, el espacio que ocuparían los Portales, cerca de la Plaza Mayor y en torno a los edificios que formaban parte del convento franciscano.

De los 120 arcos que forman los Portales, los primeros 81, que hoy corresponden al portal Francisco I. Madero y al portal Constitución, fueron construidos entre 1832 y 1836. La mayor parte de los

39 restantes (que corresponden al portal Reforma) fueron construidos en 1870 por gestiones del sacerdote Buenaventura Merlín, párroco de Toluca, inquieto personaje que, además, intentó construir la catedral de Toluca en el área del convento franciscano de la Asunción, a partir de un proyecto respaldado por el famoso arquitecto Ramón Rodríguez Arangoity. Los últimos once arcos fueron terminados en época posterior por el presidente municipal de Toluca, don Eduardo González y Pichardo. De esa manera, el poder eclesiástico y el poder civil le dieron a Toluca su principal centro de reunión.

La vocación de constructor no se agotó en los Portales, pues en 1842 entró en tratos con doña Micaela Monroy, rica y piadosa dama toluqueña, ambos encabezaron una colecta popular que les permitió adquirir unos terrenos del barrio de La Merced y convertirlos en la Alameda de Toluca, el parque público más importante que pronto cumplirá dos siglos de propiciar la recreación y el descanso de las familias toluqueñas.

El amplio jardín recibió el nombre de Alameda (actualmente parque Cuauhtémoc), debido a que al principio se pensó poblarlo de álamos, pero después se optó por utilizar otras especies.

EN EL INSTITUTO

El benefactor de la ciudad no tenía formación literaria ni académica, no obstante, era un hombre de acción, talentoso en cualquier negocio, pero en 1833, cuando dirigía la construcción de los Portales, fue llamado por el gobernador Lorenzo de Zavala (su compañero masón de la logia yorkina) para que se hiciera cargo de dirigir el Instituto Literario, que en ese tiempo iba a ser reabierto en una vieja casona del sur de la ciudad, conocida como El Beaterio, que en el siglo XVIII había alojado a las monjas del hábito descubierto de Nuestra Señora del Carmen y había dado origen a la fundación de un colegio de niñas.

La idea del gobernador no era que el señor González Arratia dirigiera la impartición de los estudios, sino que, dados sus antecedentes de constructor, acondicionara el lugar y lo pusiera

en condiciones de ser habitado por estudiantes y profesores. En realidad, El Beaterio, a esas alturas, era una casa en ruinas que había estado abandonada durante veinticinco años a partir de que el colegio de niñas cerrara sus puertas.

Don José María inició el plan de reconstrucción en la parte oriente del edificio, donde años más tarde funcionaría el llamado Patio de los Estudios, que comprendía salones de clase, biblioteca, gimnasio y laboratorios, además de comedor y dormitorio para los alumnos internos. Las oficinas administrativas se ubicaban en otro lugar y la fachada del edificio daba hacia la calle de El Beaterio, que hoy se conoce como avenida Benito Juárez.

Terminada la primera etapa de reconstrucción, el edificio fue ocupado en 1834 y don José María González Arratia dejó la dirección del colegio en manos del poeta y académico José María Heredia y Heredia, conocido en la literatura como el Cantor del Niágara.

TRÁGICO FINAL

La muerte de González Arratia fue una tragedia inesperada que enlutó a Toluca el 14 de octubre de 1852. Desempeñaba entonces el cargo de alcalde primero y daba esmerada atención a los asuntos municipales. El año anterior había asistido a la inauguración oficial del Patio de los Estudios en el edificio del Instituto Literario.

Desde temprana hora estuvo en la *Hacienda de San Diego de los Padres*, cercana a Toluca, presenciando un herradero. Para sorpresa de otros invitados y sin que nadie pudiera evitarlo, una vaca descontrolada arremetió contra él y lo golpeó en el pecho. Don José María se desplomó y entró en estado de agonía. No fue posible prestarle ningún auxilio médico, pues en menos de una hora murió.

Su primer biógrafo (Revilla, 1852: 28) describe las expresiones de duelo colectivo:



Patio de los Estudios.

El día de su entierro, Toluca se conmovió profundamente. Jamás se ha manifestado un dolor tan profundo y general como por el señor González. El día de su entierro fue un día de luto para la ciudad. Una concurrencia escogida y de todas las clases de la población lo acompañó hasta el lugar en que se depositaron sus restos. La solemnidad del acto tenía un aspecto imponente por lo espontáneo y sincero del sentimiento.

El día 19, en sesión de cabildo, los ediles de Toluca dejaron constancia oficial, en un acta, del triste acontecimiento.

Sobre los restos del ilustre personaje, el historiador Gustavo G. Velázquez (1983: 77) refiere que durante

muchos años permanecieron en el panteón de San Diego (actualmente Jardín Reforma), pero durante el gobierno del general José Vicente Villada (1889-1904) fueron incinerados y depositados en una urna, cuyo destino se desconoce. **LC**

BIBLIOGRAFÍA

- Alanís Boyso, José Luis (1997), *Toluca, corregidores alcaldes y presidentes municipales (1564-2000)*, Toluca, H. Ayuntamiento Constitucional 1997-2000.
- Revilla, Domingo (1852), *Biografía de don José María González Arratia*, Toluca, Imprenta del Instituto Literario del Estado de México, a cargo de Manuel Jiménez.
- Velázquez, Gustavo G. (1983), *José María González Arratia*, Toluca, Ediciones del Gobierno del Estado de México.